

Somba burla al rey

Un día Uegonaba (el rey de la selva, el león) publicó el siguiente bando: «Se prohíbe a los animales en lo sucesivo comer sibas (una especie de uvas silvestres). Me reservo para mí solo ese derecho». Somba (el conejo) lo oyó y dijo para sí: «Los demás harán lo que quieran; a mí me es igual. Pero precisamente ahora será cuando yo coma más sibas.»

Un día, Somba se fué al bosque y comenzó a tirar hacia abajo de las lianas y ramas, soltándolas luego con fuerza, de manera que hacían un gran ruido. Uegonaba lo oyó, vino corriendo y al ver a Somba le preguntó: «¿Qué es eso?» Somba se bajó a escape y dijo: «Qué dicha para mí que hayas llegado, Uegonaba. Sólo tú puedes salvarme la vida. Ya has oído el primer empujón del viento. Dentro de poco estallará una tempestad y el huracán se llevará a todos los animales. Hasta el elefante será arrastrado como una hoja. Hazme el favor de atarme bien a un árbol.» Al oír esto, Uegonaba dijo: «Eso no es posible. Antes hay que atarme a mí, que soy el Uegonaba. Atame en seguida a un árbol, Somba». Somba dijo: «Como quieras.» Inmediatamente Somba ató bien atado al fuerte Uegonaba y luego se fué por el bosque y se comió todas las sibas. Del rey del bosque no volvió a preocuparse y lo dejó tranquilamente atado.

Uegonaba estuvo mucho rato sin poder moverse. Al fin vinieron las pequeñas hormigas blancas y se pusieron a roer las lianas con que estaba atado el rey. Este quedó así libre.

Al cabo de un tiempo, el Uegonaba hizo saber que cierto día iba a celebrar una gran fiesta con todo género de sacrificios. Se ordenaba a todos los animales que concurriesen a la ceremonia. Somba, que lo oyó, se dirigió a Kango (el pelícano) y le dijo: «He oído una novedad importante. Préstame tu vestido para que me lo ponga.» Kango le dió su vestido a Somba. Luego Somba corrió en busca de Buruogo (el faisán) y le dijo: «Préstame la bonita caperuza que llevas en la cabeza. He oído una novedad importante y quisiera estar también presente. Para ir bien vestido me hace falta esa prenda.» Buruogo le dió su caperuza a Somba.

El día de la fiesta, Somba se puso el traje de plumas de Kango y la caperuza de Buruogo. Con ese vestido nadie lo conocería. Se fué a la corte del rey. Dijo al llegar: «Buenos días». El rey dijo: «¿Qué es eso?» Somba dijo: «Me he atrevido a venir a la fiesta de tu cumpleaños porque has invitado a todos los animales». Uegonaba dijo: «¿Quién eres tú?». Somba dijo: «Yo soy el hijo del Termita». Uegonaba dijo: «Eso está bien. Tu padre me libertó cuando el perverso Somba me había atado. Por eso quiero reciberte y atenderte con gusto».

Uegonaba mandó que le preparasen a Somba un lecho en casa de su primera mujer. Mandó que le llevasen buenas bebidas y, finalmente, encargó que matasen un buey y le diesen los mejores platos. Somba se instaló allí. Después de comer a satisfacción se metió en su cama. Somba durmió bien y mucho tiempo. Finalmente, la primera mujer del rey

pensó: «El huésped, el hijo del pequeño Termita, lleva mucho tiempo durmiendo. ¿No será que está enfermo? Voy a ver qué le ocurre.» La mujer entró en la habitación. Somba estaba durmiendo. Durante el sueño se le había caído la caperuza. La mujer del rey le vió dormido con la cabeza desnuda. Miró la cabeza del durmiente y dijo: «Es chocante que el hijo del Termita tenga unas orejas tan largas. Tiene unas orejas como las de Somba. Voy a decírselo al rey.» Y la mujer salió.

La primera mujer se fué en busca de Uegonaba y dijo: «El huésped que me has enviado no es el hijo del Termita; es Somba». El rey dijo: «No lo creo». La primera mujer dijo: «Basta verle las orejas. Se le ha caído la caperuza y se conocen fácilmente». El rey dijo: «No puedo creerlo; voy a enviar a alguien más que lo vea». El rey envió a un emisario. El emisario volvió y dijo: «Está durmiendo en casa de tu mujer. Se le puede conocer por las orejas. El animal se parece a Somba».

Uegonaba dijo: «En ese caso tenéis que ayudarme todos a matar a ese Somba, que se ha burlado de mí dos veces». El rey llamó a todos los esclavos y dijo: «Coged palos, entrad y matad a golpes a Somba». El rey puso muchos perros al rededor de la casa para que, si Somba se escapaba, los perros cayesen sobre él y lo matasen a mordiscos. Los esclavos entraron y la emprendieron a palos con Somba. Pero Somba cogió su mochila, saltó por encima de los esclavos y escapó.

Fuera los perros se echaron sobre él para morderle. Somba apretó a correr. Cuando el primer perro casi le había alcanzado, Somba le tiró un hueso del saco. El perro lo agarró inmediatamente, lo arrastró a un lado y se puso a roerlo. Un perro tras de otro fueron así apartándose. Al final sólo quedaba un perro viejo, que hasta entonces no había querido coger ningún hueso, empeñado en morder a Somba. Pero Somba tenía todavía en el saco un hueso con un gran trozo de carne, y lo fué enseñando largo rato por detrás, despertando el hambre del perro viejo. Al fin, el perro lo cogió y se apartó con él.

Durante algún tiempo Somba se vió libre de sus perseguidores. Pero cuando estaba ya muy cerca del bosque salvador, llegó el perro viejo y, en el momento en que iba a saltar en la arboleda, el perro le cogió por la pata trasera. Pero Somba se echó a reír y dijo: «¿Muerdes un trozo de madera, teniendo a un lado mi pie?» Entonces el perro soltó el pie y mordió una rama. Somba desapareció riéndose en la arboleda.

LEÓN FROBENIUS

(Decamerón Negro, Madrid).

